

mientras es más alto el concepto del Sumo Pontificado y de su benéfica dominación extendida sobre el haz de la tierra, es en que este imperio espiritual, vencedor y triunfante sobre las mudanzas, trastornos y revoluciones de las sociedades meramente humanas, necesite para su independencia y libre ejercicio tener por aditamento ó apéndice un pequeño estado temporal, donde tal vez milicias extranjeras sostienen por fuerza al Soberano contra los súbditos descontentos, y donde el Soberano, venerado príncipe de la paz, ni para defenderse puede hacer la guerra sin algún escándalo discordante, sobre todo en la época en que vivimos.

Más atinados y juiciosos son otros escritos de Pastor Díaz, muy elocuentes todos y publicados muchos de ellos en seis volúmenes, poco después de la muerte del autor, principalmente por el cuidado afectuoso de D. Fermín de la Puente y Apecechea.

En dichos volúmenes hay una introducción biográfica y crítica del mencionado D. Fermín, donde encomia á su amigo con entusiasmo y con justicia; y también hay prólogos encomiásticos del Marqués de Molins, de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, de D. Antonio Cánovas del Castillo, de D. Antonio Ferrer del Río y de quien esto escribe.

Don Bernardino Fernández de Velasco, *Duque de Frias*, nació en Madrid el 20 de Julio de 1783. Murió el 28 de Mayo

de 1851. En los 68 años que duró su vida tomó parte en la larga y no interrumpida serie de revoluciones, trastornos y mudanzas de aquel agitado período de nuestra historia, en el cual España cambió por completo su régimen interior, social y político.

En medio de las costosas y funestas guerras extranjeras y civiles, España ganó algo en su material bienestar y riqueza y perdió en elevación y crédito, así por la rápida prosperidad y encumbramiento de otras grandes naciones como por la pérdida no menos rápida de su ya secular dominio en el continente americano, dominio que no le prestaba fuerza pero que le prestaba aún el esplendor prestigioso de ser el centro del imperio más dilatado de la tierra.

Si las mudanzas de España fueron políticamente tan extraordinarias, no fueron menores las que tuvo en ciencias, artes y letras. A la ideología sensualista de la enciclopedia francesa que informaba las opiniones y doctrinas de los librepensadores y liberales en lucha con el fanatismo y con las ideas absolutistas y democrático-frailunas de los sostenedores del antiguo régimen, vinieron á sobreponerse otras flamantes filosofías, casi sin excepción importadas y no inventadas entre nosotros. Y en lo tocante á las obras artísticas, singularmente en las que se crean por virtud y por medio de la palabra humana, apareció también escuela ó secta nueva, que derribó los preceptos pseudo-clásicos, que restauró la estimación de no poco de lo antiguo y castizo

por dichos preceptos menospreciado, y que trajo también de tierras extrañas algo de exótico y peregrino, que fundiéndose con lo indígena y propio, dió ser á un romanticismo español, floreciente y fecundo.

No creo que redunde lo que voy á afirmar en detrimento de la fama del Duque de Frias: antes creo que nos hace compender mejor la independencia y la originalidad de su ser de poeta.

Es cierto que el Duque en su primera mocedad, cándido imitador de Quintana, sin pensamientos ni carácter propios todavía, canta inspirado ó creyéndose inspirado por el pobre filosofismo y la empalagosa filantropía del siglo XVIII. En su oda á Pestalozzi imagina y pinta á la humanidad, dominada por el error, incapaz de ciencia, y peregrinando fatigosamente por oscuros caminos, hasta que nace Bacon, y el entendimiento humano, entre las hondas tinieblas en que se halla sumido, vé que despunta al cabo la luz de su aurora. Locke y Condillac vienen después y convierten en día claro aquel naciente crepúsculo de la razón del hombre. Mostrando el Duque cierta graciosa y sincrética imparcialidad da parte en la victoria y en el consiguiente triunfo de la razón á Herder y á Kant; pero el patriotismo, despierto ya en su alma, se coroce que le infunde remordimientos de no citar á ningún español en esta labor maravillosa de hacer que nazca ó que aparezca la razón humana antes oscurecida ó perdida. Así es que coloca entre los que nos traen la luz al valenciano Luis Vives.

Pero si prescindimos de estos juveniles extravíos, cuando la personalidad mental del Duque aún no estaba determinada, bien puede afirmarse que el Duque en la plenitud y madurez de su juicio, tiene carácter propio y consistente, sin mudar con el tiempo y con las modas. Y esta constancia en lo que se sucede, se concierta con una consecuente armonía en lo simultáneo. El Duque de Frias no sólo es siempre idéntico como poeta sino que lo es como militar y como hombre político. Los rasgos más distintivos de su carácter aparecen iguales y claros, tanto en sus acciones cuanto en sus escritos. Siempre es religioso, monárquico y apasionado amante de la libertad y de la patria. Todo esto se halla en consonancia en el fondo de su espíritu, sin que su espíritu se empeñe en distinguir lo que es de hace tres ó cuatro siglos ó lo que es de ahora, y todo esto se muestra en lo que el Duque hace y en lo que dice. No son muchas sus poesías, pero merecen el aprecio que hizo de ellas la Real Academia Española disponiendo y autorizando su impresión, aunque no consintiesen los herederos del Duque sino que ellos la costeasen.

En la mencionada edición que en 1857 hizo la Academia, hay un bien escrito prólogo de don Angel de Saavedra, Duque de Rivas, y noticias sobre la vida y las poesías del Duque, noticias discretamente ordenadas y escritas por D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins. Reproduciremos aquí estas noticias en el más conciso extracto que nos sea posible.

A pesar de que su padre siguió el partido del rey intruso y le representó en París como Embajador cerca de Napoleón I, nuestro poeta, entonces Conde de Haro, creyó que para el que tiene

Conciencia pura y voluntad robusta,
Cuando huella la patria el extranjero,
La causa nacional sola es la justa.

Impulsado por esta creencia desertó del ejército francés donde servía en Portugal como aliado, se dejó arrebatarse con entusiasmo por el alzamiento nacional después del sangriento dos de Mayo, y arrostrando peligros y fatigas acudió á ponerse bajo el estandarte de la patria y á combatir por ella. Se halló y tomó parte en muchas operaciones militares, encuentros y batallas, ganando en el campo mismo por su valor, subordinación y pericia, honores y grados.

En estas campañas tuvo por compañero de armas al Conde de Pinohermoso, con cuya hermana doña María de la Piedad Roca de Togores, tan celebrada por su hermosura y su talento, contrajo matrimonio. Después de este matrimonio, celebrado de un modo novelesco en medio de los azares de la guerra, el Conde de Haro continuó sirviendo como militar y se halló en las acciones de Zujar, Guadix, Cuenca y Murviedro. Tuvo poco más tarde el pesar de ver hecho prisionero, en la capitulación de Valencia, á su querido amigo el general D. José Zayas. Poco tiempo después, en 1811, heredado ya el Conde de Haro y muy quebrantada su salud por largos

padecimientos, se retiró del servicio militar y se fué á Cádiz con su bella Duquesa.

Con ella volvió el Duque de Frías desde Cádiz á Madrid, vencido ya Napoleón y restaurado Fernando VII.

Digna de todo elogio fué la conducta del Duque de Frías, aconsejando al Rey en las Juntas de Daroca y de Segovia, que jurase la Constitución y respetase las Cortes. El general Palafox, heroico defensor de Zaragoza, fué del mismo parecer leal y prudente. Pero el partido absolutista y retrógrado, sostenido por el general Elio, triunfó de todo escrúpulo, si alguno hubo, y se apoderó por completo del ánimo del Rey. Acaso expliquen aunque no disculpen del todo la conducta de éste, el entusiasmo de la plebe por su persona y el odio democrático que mostraba contra el liberalismo el vulgo fanatizado. Funestas consecuencias tuvo la reacción; pero quizás deba calificarse lo que se hizo, de más conforme que nada, con la voluntad del pueblo de entonces, en su mayoría. Instrumento el Rey del rencor y de otras malas pasiones de los absolutistas, encarceló y persiguió á los liberales; á los más ilustres diputados de las Cortes, que habían estado al frente del movimiento nacional durante su ausencia y cautiverio.

Encerrados se vieron en calabozos, como si fuesen foragidos, Argüelles, Martínez de la Rosa, Calatrava, Muñoz Torrero, D. Manuel López Cepero, D. Joaquin Lorenzo Villanueva, D. Juan Nicasio Gallego y otros muchos.

El Duque de Frías, aunque no fué perseguido

fué mirado por el Rey con recelo y poco amor por el parecer que dió en las Juntas de Daroca y Segovia.

Durante el período constitucional del 20 al 23, el Duque de Frías estuvo de representante de España en Londres. Restablecido después el poder absoluto del Monarca, merced al auxilio del ejército francés, mandado por el Duque de Angulema, la situación del de Frías en Madrid era poco considerada y hasta insegura, y tuvo que retirarse á Barcelona y hasta que emigrar á Francia durante algún tiempo, refugiándose en Montpellier, con su amigo Nicasio Gallego.

Mitigados un poco los furros de la reacción, el Duque de Frías volvió á la Corte en 1828.

Entonces tuvo el pesar grandísimo de perder á su hermosa mujer, doña María de la Piedad Roca de Togores.

En la corona fúnebre que nuestros más claros ingenios tejieron y consagraron á la memoria de tan ilustre dama, resplandece, como la más sentida composición y tal vez como la más bella, después de la de Nicasio Gallego, la que con el título de *El llanto conyugal*, escribió el Duque.

En dicha composición estampó ya el autor su sello individual con originalidad y firmeza.

El casamiento de Fernando VII con la Princesa de Nápoles, doña María Cristina de Borbón, amansó bastante la furia reaccionaria é hizo concebir esperanzas á los liberales. Entonces empieza el período más fecundo del Duque de Frías como poeta lírico, señalándose entre sus

obras el canto fúnebre á la muerte de su noble amigo el general D. José Zayas. Es este canto fúnebre la biografía del General, el conciso extracto de su hoja de servicios, pero todo contado á grandes rasgos con elegante y arrebatado lirismo y con verdadero sentimiento. El héroe cuya muerte deplora el Duque, es merecedor de toda alabanza. A fin de dársela digna, invoca el Duque y pide favor al númen de Haroldo, que en su famosa *Peregrinación* había visitado y celebrado aquel *glorious field of grief* de la Albuera en que tan importante papel hizo Zayas. Entre los sucesos de la vida de éste, que recuerda el Duque, no es el que menos le honra el último de su vida pública: la defensa de Madrid contra los aventureros de Bessieres y contra la chusma absolutista amotinada, que anhelaba saquear la población antes de que llegase con su ejército el Duque de Angulema. Zayas, salvó valerosamente á Madrid del saqueo, sin retirarse hasta que llegaron los franceses, á los cuales no debía resistir ni tenía fuerzas para ello. Zayas al evacuar á Madrid, fué acosado por la plebe rabiosa á causa del botín que le había quitado de las manos. Este servicio cívico, fué el principal motivo para que el tribunal de purificación condenase á Zayas. Al defenderle y ensalzarle el Duque, muestra su franco y valiente liberalismo y la esperanza que ya había de que la reacción absolutista y fanática llegase á su término. Sin duda es generoso y bello el rpto final del canto fúnebre que dice así:

Mas cuando al són de bárbara cadena
El labio envilecido
Se abre sólo al rencor, se cierra al pasmo,
La envidia triunfa, y la procaz mentira
En el silencio la victoria funda,
Este solemne canto de mi lira
Su audacia enfrene y su maldad confunda.

Los versos á la muerte del general Zayas no son, con todo, los mejores del Duque de Frias. Los más celebrados y famosos son sin duda los que llevan por título *La muerte de Felipe II*, que hemos elogiado en la Introducción é insertado en las páginas de este FLORILEGIO.

Acaso tenga mayor celebracion aún, si no toda la composicion, un trozo muy inspirado y hondamente sentido de la oda á las nobles artes, leida en presencia del rey Fernando VII en 1832. Me refero al trozo tantas veces citado, donde habla el poeta de los hispano-americanos alzados contra la madre patria para emanciparse y ser independientes. Quiere suponerse que el Rey, al oír aquel trozo se conmovió en extremo y dió ocasion á un caso no menos patético que el ocurrido en Roma, cuando leyó Virgilio el Libro VI de la Eneida en presencia de Augusto y de su hermana Octavia. Así como Octavia lloró al oír:

..... si qua fata aspera rumpas
*Tu Marcellus eris. Manibus date lilia plenis
Purpureos spargan flores.....*

Fernando VII, lloró al oír:

Espanoles seréis, no americanos

y lo demás que sigue.

Sea de esto lo que se quiera, y aunque se suponga que hay en todo algo de alucinacion, porque Fernando VII era menos sensible que Octavia á los encantos de la poesia, mostrándolo bien la orden que previamente habia dado de que no se leyese toda la Oda, sino sólo algunos trozos, todavia es evidente el efecto conmovedor que aquellos versos hubieron de producir en el ánimo del escogido auditorio que los escuchaba.

No quiero terminar esta nota, sobrado extensa ya, sin decir que el Duque de Frias fué embajador de España en Paris, en los primeros años del reinado de Isabel II, y concertó el tratado de la cuádruple alianza.

Fué, por último, Presidente del Consejo de Ministros, en un Gabinete que apenas duró tres meses y que hubo de caer por incurrir en el desagrado del general Espartero. Así el Duque de Frias, como no pocos otros varones ilustres de aquel período histórico, fué alternativamente desestimado, ya como liberal, ya como retrógrado, según predominaban en nuestro conturbado país, unas ú otras exageradas y violentas banderías.

Don Juan Arolas es acaso el mejor estudiado y más imparcial y discretamente juzgado entre todos los poetas líricos del siglo XIX, merced al libro escrito por D. José R. Lomba y Pedraja con este título: *El P. Arolas, su vida y sus versos* (Madrid, 1898).

Mi tarea debe, pues, limitarse á extractar con concisión y con tino lo más importante de cuanto dice el Sr. Lomba, con cuyo parecer en gran parte convengo.

Nació D. Juan Arolas en la ciudad de Barcelona en Junio de 1805, pero á la temprana edad de nueve años se trasladó con sus padres á Valencia, donde se educó y se hizo hombre, pudiendo así ser tenido como poeta valenciano. Estudió en las Escuelas Pías de aquella ciudad, y entusiasmado con la sabiduría, bondad y dulzura de algunos de sus maestros y con la vida retirada y claustral que hacían, se decidió á imitarlos.

Los padres de Arolas procuraron hacerle desistir de su propósito, pero la oposición fué en balde y probablemente hubo de ser muy débil cuando no simulada. Arolas entró como novicio en Peralta de la Sal en 1819, y profesó, dos años después, el 23 de Agosto de 1821, á la edad de 16 años.

La contradicción misteriosa que hallan algunos entre el pensar y el sentir del poeta, evidentes y públicos ya entonces por sus versos, y el acto solemne que le ligaba al altar con lazos y votos indisolubles, me inclino á creer que es mucho más fácil de explicar que lo que el señor Lomba y otros biógrafos suponen.

La explicación á mi ver no puede ser más clara. Nadie á los 16 años sabe bien lo que hace ni tiene voluntad firme y entera. La ley lo entiende así y no consiente que el menor disponga li-

brememente de sus bienes materiales, ni prometa ni contraiga sobre ellos obligación ó compromiso. ¿No debiera, pues, mil veces con mayor razón, ser irritó y nulo el compromiso contraído sobre cosas mucho más esenciales, encadenando y ordenando la vida toda á un fin determinado, marcando en ella un sendero del que no es posible apartarse sin extravío y prescribiéndose un porvenir que no es posible eludir sin pecado ó sin desdoro? ¿Cómo en edad tan temprana, cuando tan sujeta está toda criatura á ensueños y alucinaciones, en que tan mal se sabe ó se comprende aún lo que es el mundo, ha de tener validez y fuerza la irrevocable renuncia á los más naturales y preciados goces y afectos con que nos brinda ese mismo mundo y á los que nuestra humana condición nos incita?

Aunque me pese rasgar ó tratar de rasgar con mano profana el misterioso y poético velo en que tantas personas envuelven el hecho más decisivo y trascendental de la vida de nuestro poeta, yo me atrevo á explicarle considérándole motivado, no por resolución varonil y bien meditada, no por vocación legítima, sino por casi infantil y caprichoso devaneo. Supuesta y aceptada tal causa importa mucho menos averiguar si Arolas amó ó no, durante su noviciado, á una determinada mujer y si se puede ó se debe descubrir ó fantasear la peregrina historia de estos amores, cuya malaventura encerró al galán en una celda de las Escuelas Pías.

Más que en los singulares amores, propendo

yo á creer en la vaga y vehemente pasión del joven novicio, exaltada en la soledad y alimentada por la lectura, el estudio y la imitación de los poetas eróticos latinos y españoles: de Tibullo, Ovidio, Catulo, Propersio y Garcilaso, más á propósito para promover el erotismo que para fortalecer el corazón y predisponer el alma á la austeridad ascética y casta.

De todos modos, aunque los versos de la primera época de Arolas sean muy interesantes para el examen psicológico, para penetrar y ver claro en el fondo de su apasionado y vacilante espíritu, dichos versos carecen aún de aquel sello individual y originalísimo que se advierte y se admira en los que compuso Arolas desde que empezó en España la revolución literaria del romanticismo y Arolas se alistó resueltamente en sus banderas.

Así como durante el período clásico Arolas había sido imitador, aunque siempre con fácil espontaneidad y gallarda lozanía, así también, como romántico, empezó por imitar á los románticos nacionales y extranjeros.

Indicios hay en los versos de Arolas de su imitación de Lord Byron, Victor Hugo, Lamartine, el Duque de Rivas, Zorrilla y varios otros; pero pronto, casi desde el principio de su transformación romántica, se nota en nuestro poeta estilo propio y un ser tan característico que le distinguen completamente de sus modelos, y cuya virtud crea bellezas de novedad peregrina, que hasta en los mismos defectos del poeta res-

plandecen y le hacen amable y lleno de gracia, como pequeños lunares en la sonrosada tez de un rostro lindo.

Algo se muestra ya esta rara originalidad de Arolas en sus narraciones caballerescas; en sus composiciones religiosas se acentúa y señala más, y se afirma y llega á su colmo en las poesías orientales y en las amorosas del mismo tiempo iluminadas también con los peregrinos y fantásticos esplendores del orientalismo, ora inventado ora importado por el poeta, aunque transfigurándole á su gusto al importarle y ajustándole á los caprichos y á las ricas y primorosas concepciones de su fantasía.

Pudiera asegurarse que para crear el poeta su mundo ideal, para formar el escenario en que sus personajes representan y para vestir con pompa y lujo á estos personajes, ha traído y amontonado en su pobre celda un inagotable tesoro de perfumes de Arabia, de diamantes de Golconda, de perlas y de oro, de chales de Cachemira, de alfombras de Persia y de cuanto hay de más brillante y costoso en el Japón, en la India y en la China. De todo ello se vale el poeta con muchísima gracia, adornando á sus mujeres, vistiendo y armando á sus héroes y alhajando los palacios y los harenes que nos pinta. Y como no le basta la fértil y risueña huerta de Valencia, imagina y produce encantados jardines, montañas, selvas, desiertos, mares y ríos, enriqueciéndolo y poblándolo todo con una fauna y una flora exóticas, abundantes é intertropica-

les: leones, tigres, elefantes, pájaros de vistosísimas plumas, airosas palmas, aromáticas flores y delicadas frutas, como por acá no suelen verse ni saborearse.

En medio de aquellas resplandecientes comarcas y de aquellos imaginados paraísos, ya en el día de hoy, ya en antigüedad remotísima, ya con vaga é insegura cronología, nos pone el poeta á sus héroes, nos cuenta sus amores, y sobre todo nos describe con enérgica viveza y con morosa delectación á las sultanas y odaliscas, á las almeas y á las bayaderas, ansiosas de amor, convidando á lánguida molicie y provocando al deleite.

Multitud de cosas del Oriente llegadas hoy á la común noticia y menos divulgadas entonces, no entran en la composición de los cuadros orientales de Arolas. Ni el *Rig-veda*, ni el *Mahabara-ta*, ni el *Ramayana*, le son conocidos. De la India apenas conoce más que el drama *Sakuntala* de Kalidasa, sin duda por una traducción francesa. De Arabia y de Persia sabe también poquísimo. No puede asegurarse siquiera que hubiese leído las *Poesías asiáticas* del Conde de Noroña, ni las *Mil y una noches* de Galand, ni *Los mil y un días* de Petit de la Croix. Las antiguas monarquías del centro del Asia, cuya historia ha resurgido de entre los escombros y ruinas, por los esfuerzos de Rawlinson, Layard, Lenormand y otros orientalistas famosos, con nada contribuyen á la inspiración de Arolas ni á dar asunto á sus narraciones.

En suma, su caudal de erudición es en extre-

mo exiguo, pero él ha logrado cultivándole hábilmente, sacar de él hermosa y variada riqueza. Mezclando y combinando los elementos que por diversos caminos vienen á formar este caudal, Arolas ha obtenido de él espléndida cosecha de sazonados frutos, que no se parecen á los que les dieron origen, sino que tienen ser propio.

Lord Byron, con *El Corsario*, *La novia de Avy-dos* y otros poemas, Hugo con sus *Orientales*, nuestros romances moriscos, las quintillas de Moratin, algo de Zorrilla, no poco de *El cantar de los cantares*, las profecías de Ezequiel y otros libros de la Biblia, fueron la mina que benefició Arolas y de donde extrajo las piedras y los metales preciosos con que labró las refulgentes joyas de sus versos.

Los líricos amorosos, así como las narraciones, tienen el mismo oriental colorido.

Hasta en la poesía religiosa de Arolas se nota idéntico orientalismo fantástico. Su concepto de Dios lo mismo puede ser de musulm, que de cristiano ó de puro deísta; pero de todos modos dista mucho de contener refinamientos metafísicos. Amenudo se nos muestra su Dios en extremo benigno é indulgente. Es á manera de un sultán generoso que vive en una eternidad reposada y alegre, arrullado por la música de las arpas y por los cantares encomiásticos de ángeles y serafines. Como Dios es tan bueno ha creado mil primores maravillosos para manutención, comodidad, entretenimiento y regalo del hombre. Aquí las descripciones de todo esto: pájaros, gacelas, maripos-

sas, flores, estrellas, sol y luna, y singularmente bellísimas muchachas, que hasta los mismos ángeles se complacen en piropear. Este Dios de humor tan blando y apacible se parece al que nos pinta Goethe en el Prólogo del Fausto, charlando llana y campechanamente, hasta con el mismo diablo, y se parece también al buen Dios de la canción de Beranger, cuando dice á los hombres:

*Pour vivre en paix, vous ai-je en vain
Donné des filles et du vin?*

y cuando añade:

*Sans que pour cela je vous noie,
Faites l'amour, vivez en joie.*

Pero, en momentos más tristes, tan plácido concepto de Dios se trueca en la mente del poeta y entonces fulgura en sus meditaciones y salmos, el Jehovah de Ezequiel, terriblemente justiciero, que arde en cólera á causa de nuestras maldades y que nos escarmienta, castiga y destruye, con diluvios, fuego del cielo, terremotos, guerras, pestes y sequías.

Siempre que piensa Arolas así, siempre que se representa á su Dios adusto y no risueño, Arolas se apesadumbra y se pone compungido y lamenta sus desventuras extraordinarias. Claro está que las más sentidas y las mejor expresadas de todas, son la soledad y el desamor en que vive el poeta, separado de la mujer amada, la cual no sabemos ni nos incumbe averiguar aquí, si fué real y viviente y contemporánea suya ó ente

de razón forjado por su fantasía y por su deseo.

La inquietud del espíritu de Arolas y sus encontradas y vehementes pasiones, en medio de la difícil situación en que le ponían sus votos y la vida del claustro, causaron grave daño á su salud, nublaron su inteligencia y acabaron por hacerle perder el juicio.

D. Juan Arolas, soñando con sus deleites y grandezas orientales, murió loco, encerrado en su celda, el 23 de Noviembre de 1849.

De la varia multitud de versos que dejó escritos, porque su afición á componerlos fué tan persistente, como pasmosa la facilidad con que los componía, bien se pueden entresacar bastantes para formar un tomo de muchas páginas de amenísima lectura. El Sr. Lomba, según hemos dicho ya, los examina todos y los juzga con acierto.

Réstame decir que como la poesía lírica producía á quien entonces se empleaba en ella muchísimo menos dinero que ahora, aunque no se pueda afirmar que ahora sea productiva, Arolas apenas logró con sus versos más que merecida y extensa fama. D. Mariano Cabrerizo, coleccionó en un elegante volumen las poesías de Arolas que consideró mejores, pero no le dió ni una peseta. Una empresa editorial catalana estuvo con Arolas algo más rumbosa: le dió 125 pesetas por un tomo de poesías. Tal creo que fué la mayor ganancia que arrancó Arolas á las melodiosas cuerdas de su lira.

Don Pablo Piferrer es uno de los más ilustres iniciadores del novísimo renacimiento literario y artístico de Cataluña. Su vida fué muy corta, pero también fué activa y fecunda.

Nació Piferrer en Barcelona el 11 de Diciembre de 1818 y murió en la misma ciudad el 25 de Julio de 1848 antes de cumplir 30 años.

Desde muy temprano atrajeron su atención aquellas artes, que sin requerir la imitación de nada natural y sensible, crean la belleza en el tiempo con el sonido y con las líneas en el espacio. La música y la arquitectura, estudiadas por él, le revelaron sus misterios, sus leyes y las teorías en que deben fundarse.

Fué Piferrer un excelente crítico musical. Músico práctico, él mismo tocaba la guitarra con primor y maestría, interpretando las más bellas composiciones de D. Fernando Sors.

En 1837, en una serie de artículos, publicados en el periódico titulado *El vapor*, estimó y juzgó sabiamente no pocas composiciones musicales, así extranjeras como de compositores españoles.

Perito en arquitectura y arqueología alcanzó aun mayores triunfos. Bien puede asegurarse que supo erigir á la gloria de su país un monumento firme y rico, aunque no terminado, en los *Recuerdos y bellezas de España*. Nos dejó escritos y publicados un volumen sobre Mallorca, y otro volumen y algunas entregas más sobre Cataluña, obra notabilísima que ha influido mu-

cho y bien en el buen gusto para las artes del dibujo, divulgando además el conocimiento de la historia de dichas artes en el suelo patrio y reuniendo, ordenando y refiriendo con elegante estilo interesantes noticias de sucesos, usos y costumbres de la brillante edad media catalana.

Sus tareas eruditas y el mucho saber por él adquirido y difundido, lejos de abrumar con su peso las alas de aquel notable ingenio, les prestaron vigor y acrecentaron su ingénita lozania.

Piferrer llegó á ser también un amable poeta. La sencillez candorosa de sus versos, acaso esté buscada y solicitada con cuidadoso esmero, pero no puede negarse que á veces está dichosamente conseguida. La más clara muestra de que fué así, nos la da la composición *Alina y el Genio* que en esta colección insertamos. No es en ella Piferrer de los que por huir de enrevesadas transposiciones, pomposidades y hojarascas floridas, adoptan un lenguaje pedestre y encierran en el metro, creyendo convertirla en poesía, la más vulgar y desmayada prosa. Su sencillez, por el contrario, es poética en extremo, acierta á tener carácter épico popular y está hábilmente imitada de la sencillez de los viejos romances castellanos.

El asunto de *Alina y el Genio* tiene mucho de peregrino: de un romanticismo algo alemán, que recuerda un poco el de las baladas ó breves leyendas de Luis Uhland. La forma, con todo, es castiza y legítimamente española. En lo que el poeta refiere, hay cierta misteriosa vaguedad

simbólica, como por ejemplo en *La iglesia perarada* ó en *El paladín Haraldo* del ya citado vate germánico. En *Alina* podemos figurarnos al alma humana cuando guiada por su buen genio, desdenna las vanidades del mundo, los amores vulgares, la popularidad y hasta los regios alcázares, coronas y cetros, alcanzando por último excelsas y superiores conquistas. La historia de *Alina* está, á pesar de lo dicho, tan viva y candorosamente contada que, así Alina como su genio, no se nos representan como meras y vanas alegrías, sino como seres reales, habitantes del mundo mágico y luminoso á donde nos lleva arrebatadamente la imaginación del poeta.

Don Juan Francisco Carbó

nació de padres catalanes, el 29 de Enero de 1822, en la isla de Curaçao, donde su familia residía, es de suponer que por negocios comerciales.

Como debo estas noticias á la amabilidad de mi querido amigo don Marcelino Menéndez y Pelayo, considero lo más acertado seguir copiando aquí los párrafos de la carta en que me las comunica.

«Carbó vino muy niño á Europa, y se educó en Barcelona, siguiendo en aquella ciudad los estudios de Filosofía y Derecho. Cuando se crearon por iniciativa de don Pablo Montesino las pri-

meras Escuelas Normales, Carbó fué pensionado por la Diputación provincial de Barcelona en 1841 para hacer en Madrid su carrera pedagógica, juntamente con Don Laureano Figuerola y con algunos otros.

De vuelta á Cataluña en 1845, Figuerola y Carbó inauguraron la escuela normal de Barcelona, siendo nombrado Figuerola Director, y Carbó segundo maestro por Real Orden de 22 de Junio de 1846. Tanto á Figuerola como á don Manuel Milá oi decir que la vocación de Carbó para la enseñanza de los maestros era grande, y que se distinguía notablemente por su elocuencia didáctica y por la facilidad y pureza con que hablaba y escribía la lengua castellana. Pero todas las esperanzas que su brillante juventud ofrecía, se frustraron con su temprana muerte, acaecida el 29 de Septiembre de 1846 á la edad de veinticuatro años. Sus restos yacen al lado de los de D. Manuel Milá, en una capilla panteón que la familia posee en el cementerio de Villafranca del Panadés, con sendos epitafios que yo redacté en 1887 por encargo de la viuda de Carbó, heredera usufructuaria de Milá».

Pocas son las poesías que escribió Carbó ó al menos son pocas las que yo conozco y se conservan con las de Piferrer en un volumen publicado con prólogo de Milá en 1851. Aunque escritas dichas poesías en lengua castellana, ya dan indicio, á mi ver, de que el florecimiento literario catalán iba á desechar el habla de Castilla y á valerse del idioma ó dialecto de aquella

región para desenvolverse con todo su vigor, originalidad y lozania.

Como en los versos de Piferrer, se nota en los de Carbó el influjo de las baladas ó brevisimas narraciones alemanas, combinada esta manera con la forma castiza de los viejos romances y entreverando en varios momentos de la narración uno á modo de estribillo, que con frecuencia se repite, según ocurre, por ejemplo, en algunos romances moriscos.

Así en el de la pérdida de Alhama, cuyo estribillo es: ¡Ay de mi Alhama!, y así en el de El Alcaide de Molina, cuyo estribillo es:

Al arma, Capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.

Es de notar también que la historia que da asunto á la narración, no suele suceder en un mundo ó espacio imaginario ó vago, como la historia de *Alina y el genio*, sino en bien marcado sitio de Cataluña, nombrando y describiendo el poeta, el río, la montaña, el llano, la villa ó el castillo, en que el caso sucede, localizándolo todo y haciéndolo mucho más interesante para los que allí habitan. Añádase á esto que haciéndose más popular la indole de tales composiciones, todas parecen escritas, más que para recitadas, para cantadas, como solían cantarse las antiguas jácaras y como se cantan aún en Andalucía los que llaman *corridos de la costa* y en algunas partes *carrerillas* al són de la guitarra y con música de fandango ó de algo parecido. No

de otra suerte se cantan aún los romances de Gerineldos y del Conde del Sol y la célebre *carrerilla* del molinero de Jerez de la Frontera que inspiró á D. Pedro Antonio de Alarcón *El sombrero de tres picos*.

Tal poesía que es, ó que aspira á ser propia del pueblo, requiere sin duda que inmediatamente el pueblo la entienda, guste de ella y se complazca en cantarla.

Mucho hubo de contribuir todo esto á que se volviese con ahinco al cultivo de la lengua catalana, harto descuidado tiempo hacía, aunque había tenido, sobre todo en el siglo xv, una muy rica y hermosa literatura.

Tal vez los poetas catalanes hallaban más fácil expresión para sus sentimientos y pensamientos en la lengua materna que en la de Castilla. En efecto, yo no quisiera equivocarme, pero lo mismo en los versos de Cabanyes que en los de Piferrer, Carbó y otros, me parece advertir cierta dificultad que, si bien vencida y si bien prestándoles originalidad y concisión poco frecuentes en los versos castellanos, les presta también alguna sequedad y dureza.

De todos modos, yo no me atrevo á decidir en mi mente, si es un mal que una muy fecunda porción de los ingenios españoles prive de sus productos y no enriquezca con sus tesoros el habla castellana, ó si es un bien que logre la nación española, merced al renacimiento literario de Cataluña, una renovada y espléndida poesía regional al lado de la nacional poesía más